

LA SOLEDAD

PARECÍA que en el Calvario se habían agotado todas las hieles del dolor con que se redimió la humanidad caída.

El drama sangriento había terminado. La Sangre del Justo pródiga y fecunda había regado la tierra, enemiga para el hombre desde el día de su primera culpa, y había dejado ya sembrados los surcos del dolor con la semilla anhelada de la redención.

Las angustias de Gethsemaní, los escarnios y crueldades del Pretorio, las impías y bárbaras durezas de la calle de la Amargura y los dolores supremos del Calvario habían tenido ya el término sublime, con aquella última frase divina que revelaba a los hombres la consumación de la obra redentora.

Parecía que se habían agotado ya todas las fuentes de dolor que habían abierto las culpas de los hombres.

Sin embargo no era así. Allá, apartada del Calvario, envuelta en las nebruras del más cruel de los silencios, estaba devorando María todo el raudal amargo de dolores infinitos.

Los tormentos del Hijo, las angustias presenciadas y sentidas en aquella tarde desuagónica y su muerte, mezclándose con atroz crueldad en el silencio de aquella noche siniestra con los recuerdos de los días plácidos de amor y de ventura para siempre extinguidos, amargaban aquel alma pura y delicada que se deshacía en lágrimas solitarias y silenciosas que nadie enjugaba.

No son los mayores dolores los que flagelan el cuerpo. Quizá fué un momento más duramente cruel para el Hijo del Hombre aquél en que se ofrecía a su espíritu atribulado toda la magnitud espantosa del sacrificio próximo a consumarse, que todos aquellos otros momentos de torturas del cuerpo, cuyos dolores no transcendían tanto al alma.

Esos dolores incruentos que no rasgan la carne, ni vierten siempre la sangre, pero que no tienen un instante de tregua ni de consuelo, porque rodean al alma del vacío más completo, son los más profunda y cruelmente torturadores.

Las horas aquellas en que María, abandonado en el sepulcro el cuerpo de su Hijo, se encontró sin más compañía que su dolor, son para ella el compendio cruel y espantoso de todas las torturas imaginables, porque entonces siente, no sólo el recuerdo torturador de todas sus angustias ante los tormentos, la agonía y la muerte del Hijo, sino que se convierten en espinas de dolor pa-

ra su corazón desconsolado hasta los goces saboreados junto al Salvador antes de que llegara la hora suprema del sacrificio.

Al lado de la cruz tiene el dolor horrible de María el consuelo de las miradas divinas; después del último suspiro, puede estrechar contra su seno purísimo el Cuerpo inerte del Mártir; pero cuando la losa del sepulcro cubre aquel Cuerpo adorado y mira en derredor, y ve las frialdades de la Soledad, se acaban todos los consuelos, se multiplican y reunen todos los dolores y se concentran en su alma, como dándose cita, todas las amarguras que pueden atormentar un alma menos el remordimiento.

Este trágico momento del callado martirio es el que más claramente se percibe por las almas de los hombres en los días de sus amarguras, y por eso es a la Soledad de María a la que invocan los corazones atribulados en los días de las dolorosas desventuras.

La nieve de aquella Soledad aterradora que se funde silenciosamente en el horno del dolor, se deshace en lágrimas resignadas, que forman torrentes de consuelos para las almas angustiadas por las amarguras de la vida.

Nuestro pueblo siente más honda, más clara, más sinceramente que nadie esta verdad consoladora, y por eso no hay dolor ni amargura, ni tribulación en nuestra vida cuyos lamentos no vayan acompañados de la invocación ferviente a la Soledad que aparece espontánea y sincera en todos los labios, apenas los infortunios oscurecen el horizonte de nuestra ventura.

Tienen esos dolores concentrados y silenciosos que se acumulan en los temperamentos firmes y apacibles, como el del pueblo badajocense, tal crueldad fría y desconsolada, que no es raro que allá en en la delirante inconsciencia de esas calladas amarguras sien-

tan las almas cristianas de este pueblo todos los consuelos que proporcionan siempre al corazón de los hombres la certidumbre de no encontrarse solos en medio de los abismos del dolor.

Y si a este consuelo inefable se añade el de que la compañera en los sufrimientos ha ido mucho más allá que nosotros en la senda de los infortunios y la ha ido regando dulcemente de lágrimas de ternura y misericordia para todos los que padecen, se comprenderá la ternura con que la piedad de Badajoz ama a la Virgen dolorida en el momento supremo de sus acerbos torturas, porque no hay amores tan profundos, tan sinceros, como los engendrados por el mutuo consuelo en las horas de la adversidad.

TIPOGRAFÍA DEL «NOTICIERO EXTREMEÑO»



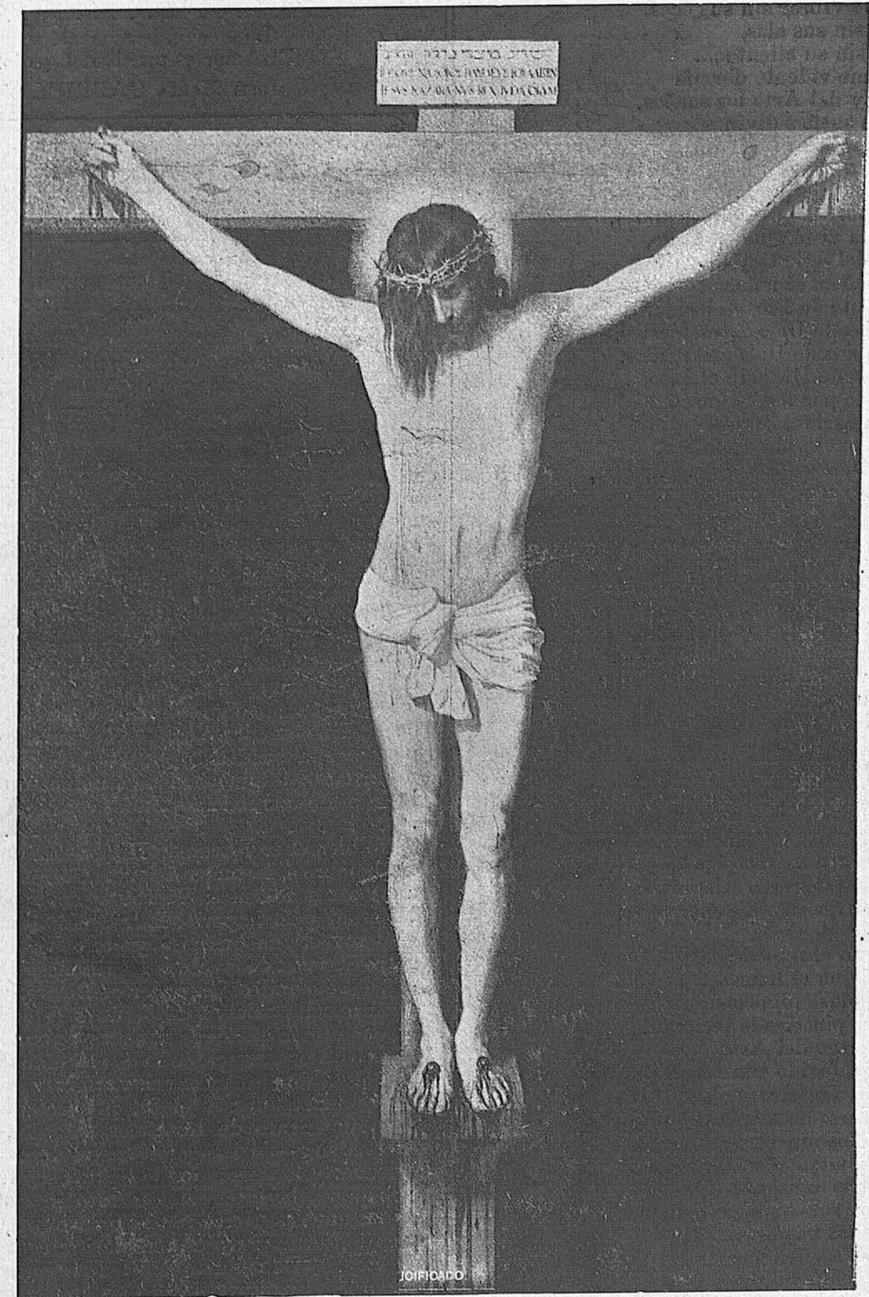
Noticiero

Extremeño

Badajoz.—Año III.—Núm. 664

Número extraordinario DIEZ CÉNTIMOS

Viernes 13 de Abril de 1906.



Cristo de Velázquez.

El Cristo de Velázquez

¡Lo amaba, lo amaba!
¡No fué sólo milagro del genio!

Lo intuyó cuando estaba dormido,
Porque sólo en las sombras del sueño
Se nos dan las sublimes visiones,
Se nos dan los sublimes conceptos,

La luz de lo grande,
La miel de lo bello.....

¡Lo amaba, lo amaba!
¡Nació en el pecho!

No se puede soñar sin amores,
No se puede crear sin su fuego,
No se puede sentir sin sus dardos,
No se puede vibrar sin sus ecos,
Volar sin sus alas,
Vivir sin su aliento.....

El sublime vidente dormía
Del Amor y del Arte los sueños,

—¡Los sueños divinos
Que duermen los genios!

¡Los que ven llamadas de gloria
Por hermosos resquicios de cielo!

Y el Amor, el imán de las almas,
Le acercó la visión del Cordero,
La visión del dulcísimo Mártir

Clavado en el leño,

Con su frente de Dios dolorida,
Con sus ojos de Dios entreabiertos,
Con sus labios de Dios amargados,
Con su boca de Dios sin aliento.....

¡Muerto por los hombres!
¡Por amarlos muerto!

Y el artista lo vió como era,
Lo sintió Dios y Mártir á un tiempo,

Lo amó con entrañas
Cargadas de fuego,

Y en la santa visión empapado
Con divinos arrobos angélicos,
Con magnéticos éxtasis líricos
Con sabrosos deliquios ascéticos,
Con el asua del fuego dramático
Con la fiebre de artísticos vértigos,
La memoria tornando á los hombres,

Ingratos y ciegos,
Débiles ó locos,
Ruines ó perversos,

Invocó á la Divina Belleza,
Donde beben belleza los genios,

Los justos, los santos,
Los limpios, los buenos.....

Y al conjuro bajaron los ángeles,
Y al artista inspirado asistieron,
Su paleta cargaron de sombras

Y luces de cielo,
Alzaron el trípode,
Tendieron el lienzo,

Y arrancándose plumas de raso
De las alas, pinceles le hicieron.

Y el mago del Arte,
El sublime elegido entreabriendo
Los extáticos ojos cargados
De penumbras de místico ensueño,

Tomó los pinceles
Sonámbulo, trémulo.....

De rodillas cayeron los ángeles,
Y en el aire solemnes cayeron

Todas las tristezas,
Todos los silencios.....

¡Y el genio del Arte

Se posó sobre el borde del lienzo!
Con fiebre en la frente,
Con fuego en el pecho,

Con miradas de Dios en los ojos
Y en la mente arrebatos de genio,
El artista empapaba de sombras
Y de luces de sombras el lienzo.....

No eran tintas que copian inertes,
Eran vivos dolientes tormentos,
Era sangre caliente de Mártir,
Eran huellas de crimen de réprobos,
Eran voces justicia clamando,
Y suspiros clemencia pidiendo.....

¡Eran el Drama del mundo deicida
Y el grito del Cielo!.....

.....
¡Y el sueño del hombre
Quedó sobre el lienzo!

.....
¡Lo amaba, lo amaba!
¡El Amor es un ala del genio!

.....
JOSÉ MARIA GABRIEL Y GALÁN

“YO SOY,”

“Quem quacritis? ...Ego sum,
(Joann. XVIII, 4.)



Media noche era por filo en el valle fértil, en el poético y apacible jardín de Gethsemani. Tramontaba el *Olivar* la argentada luna y el ténue caudal de su luz blanquecina realzaba la natural belleza de los serenos cielos y levantados montes, de las tranquilas aguas y las flores y los árboles; la encendida rosa, las candidas azucenas, anémonas y lilas florecientes; los chopos que bordaban las riberas y las palmas cimbradoras y gallardas, de largas y ondulantes hojas dosel para los mismos sicómoros y erguidos cipreses.

Cristo, aún empapado del sudor cruento y copioso de su agonía en la medrosa gruta de la Oración, se hallaba en pié rodeado de sus discípulos. «Vámonos—les dijo—está muy cerca el que me vá á entregar.» Era efectivamente la hora—escribe un expositor de la sagrada Pasión—sentíanse ruidos de pasos en el camino, y por entre la frondosidad penetraban rayos de luz rojiza: un instante después la Traición daba un mentido ósculo de paz á la Justicia y Judas consumó su perfidia.

No bien el mónstruo de Keriot hizo entrega del Hijo del hombre á la turba deicida, dió el mansísimo Jesús unos pasos adelante: Yo soy y sus palabras reveló la Majestad y el imperio. Retrocedió espantada la turba. «Yo soy el que buscáis» y como heridos de invisible golpe cayeron de espaldas los sicarios del prendimiento.

Allí se manifestó el poder de Dios y su infinita grandeza: aquella palabra de Jesús es la que enfrena el alborotado mar y sosiega sus olas embravecidas como en Tiberiades ó arranca de la corrupción del sepulcro los mortales despojos y los vuelve á nueva resurgente vida como en Bethania: es el *fiat* que sacó de la nada el espléndido manto de los cielos colgados—diremos con Nierembarg—de lámparas, cuyas luces brillantes son perenne: y la tierra, que lo tributa sus frutos antes que al hombre, levantándolos en alto en las aras y altares de sus mismos troncos: y todo cuanto hay en los cielos y en la tierra. ¡Pero estaba escrito: *captus est in peccatis nostris!* Y lo escrito había de cumplirse. ¡Y se cumplió á la letra! Los hijos de los que mataban los profe-

Las siete palabras de Haydn



FINES del siglo diez y ocho, volvía de América á España, estableciéndose en Cádiz un D. José Sáenz de Santa María, marqués de Vald Iñigo, sobrino y heredero de cierto Obispo americano, el cual trajo con inmensas riquezas, el cansancio de la vida y una vocación irresistible al sacerdocio, como lo demostró al decidirse á erigir un templo en su ciudad natal, bajo la advocación de la Virgen del Rosario, y al dotarla con sus cuantiosos bienes ideó la forma de la Iglesia que en Cádiz lleva este nombre; pues dicho marqués era persona de gran instrucción y un depurado gusto artístico. Acometió las obras con gran lujo y grandeza, á pesar de las escasas condiciones artísticas del templo de que hablamos. Por donde la austeridad y el ascetismo del marqués se revelan de manera exacta, así como el temple de su espíritu hacia las concepciones sublimes, no es en la misma Iglesia del Rosario, sino en una capilla subterránea que construyó á la derecha y al pié del templo mayor, destinado á la penitencia propia, durante el resto de su vida.

Para esta vireda ó cueva del Rosario de Cádiz, fué para donde el Sr. Vald-Iñigo encargó á Haydn la admirable composición de las Siete Palabras.

No conocemos el documento público y privado en que consta el hecho que acabamos de exponer, pero investigaciones personales verificadas en la parroquia misma y las aseveraciones de personas contemporáneas de dicho señor y la circunstancia de que ya existía en Cádiz la partitura de Haydn á la muerte del marqués, acaecida el 24 de Septiembre de 1804, nos inducen á asegurar con harto fundamento, que el encargo de esta incomparable joya clásica se debe al canónigo español D. José Sáenz de Santa María. Tal vez en Alemania existan entre los papeles de Haydn documentos y vestigios de la correspondencia que debió mediar en este asunto, y quizás en la obra original del maestro se encuentren trazas de la petición y de la oferta; pues nos consta que contiene palabras alemanas, cuando es sabido que la composición carecía de ellas, hasta que el hermano del autor, Miguel Haydn, se las puso muchos años después. De todos modos la cuestión queda resuelta, con el sentimiento tan profundo que produce en el ánimo solo el visitar la cueva del Rosario la tarde del Viernes Santo y oír la obra del modo y manera que el gran artista y el devoto sacerdote debieron imaginarla. El lector nos acompañará con sumo gusto en esta excursión artístico-religiosa. La cueva del Rosario es, según llevamos dicho, una pequeña Iglesia subterránea, á la cual se baja por una doble escalera de muchos tramos, cuya absoluta obscuridad y distancia producen en el breve tiempo de bajarla una impresión tan grande en el ánimo, que al pisar el pavimento de la capilla y encontrarse tan alejado del mundo, parece imposible se esté á dos pasos de la calle.

Esta manera de entrar en el templo, al mismo tiempo que aísla de la multitud, impide todo ruido material por parte de los fieles, pues la lentitud del descenso y la pérdida de la vista, imponen por breves momentos la inmovilidad más absoluta y predisponen el ánimo en tal forma que parece que la Iglesia está vacía.

Compónese de tres naves paralelas, ó por mejor decir de una sola nave y dos corredores. En el testero de la nave principal, hay una capilla mayor con un altar, donde figura á cuerpo entero el grupo de la crucifixión bien ejecutado y grave. La cruz, que es muy alta, toca casi al extremo de la bóveda, por la que penetran algunos rayos de luz sombría. En el testero frente al altar mayor, hay una especie de cueva, elevada bastante sobre el nivel del piso y dentro de ella un sillón y un

reclinatorio de madera tosca. Todo el templo está poblado de bancos comunes.

A esta solemnidad concurren hombres solos. Un sacerdote con ropa talar (á quien apenas se ve) sentado en el sillón ó arrodillado ante el reclinatorio, explica cada palabra en tono solemne y reposado, empleando un tono pañidero, como si fuese un peregrino antiguo relatando su viaje á Tierra Santa. No es un sermón lo que predica, y menos aun un discurso, pues se nota evidentemente que improvisa según la escasa inflexión de su tono y la monotonía de su frase. Aquel sermón carece de accidentes oratorios: no busca la persuasión por la forma sino por la índole de las ideas; haría reír, si no hiciera temblar. Concluida la explicación de la palabra, como si dijéramos sin hacer punto, se enlaza el eco de la última sílaba con uno de los siete andantes musicales: y esta transición tanto más inesperada cuanto que la melodía baja del Cielo, suspende el ánimo del auditorio, impidiéndole todo género de curiosidad la solemnidad del acto; y es que á uno de los lados, cerca de la cripta que alumbra la Iglesia, hay dos ventanas laterales con celosías y por aquellos huecos invisibles, se derraman las notas ténues de los cuatro instrumentos, que forman el conjunto de la composición musical. Hay un momento en que parece que las ideas se apartan de la gran escena mística para fijarse en el arte que le está adornando; en ese momento inexplicable el sacerdote, que parece dormido, levanta la cabeza interrumpiendo la música y repite en su tono ordinario algunas de las frases que dijo antes.

Todo esto es repetido hasta siete veces, desde las doce á las tres, sin más interrupciones que las del reloj que va dando lentamente las horas. Todo esto constituye la solemnidad religiosa más grande de que nosotros tenemos noticia. Porque todas las otras tienen algo del mundo, algo teatral que halaga y distrae los sentidos, mientras que en las palabras de la cueva, no hay nada teatral ni chistoso, ni nada que no parezca sino sucedido espontáneamente y sin otras preparaciones que las que inspiran el asunto y la piedad de los fieles.

Nosotros comprendemos perfectamente el poder de la música sobre el alma humana, y cuando al resonar en la cueva del Rosario la tremenda palabra *consumatum est* y estallar el sublime terremoto de Haydn sobre las cabezas de la multitud prosternada de rodillas ante la ira de aquel cuarteto desbordado y cuyos instrumentos crecen con la fantasía, como si se multiplicaran las notas, las cuerdas y las manos que tales maravillas hacen sentir. Aquella música instrumental á que Haydn dió vida con su cuarteto, lo habla todo, lo siente todo, lo comunica todo y lo persuade todo.

G. MELENDEZ

EN LA CRUZ



CON villanos ladrones confundido
y ante una turba que gritando, hiere,
el Hacedor del Universo, muere,
de la Cruz infamante suspendido.

El, que pudo por siempre haber vivido,
dar un ejemplo de humildad prefiere
y con el precio de su sangre, quiere
ver al género humano redimido.

Sobre el ciego tropel que le maltrata
no descarga el impulso de su mano
y perdona á sus jueces, moribundo.

Y al redimir al pueblo que le mata
es más que nunca el digno soberano
Hijo de un Dios y Redentor de un mundo.

INDALECIO BLANCO-LON

cio Pilato; su esposa Claudia Procla, que tanto hizo por infundir energías al desdichado juez del Nazareno; el soldado Cayo Longino y los tres centuriones Cayos.

De la nacionalidad de Pilato y Procla, naturales de Italia, no se ha dudado nunca; pero la de los otros cuatro ha permanecido ignorada ó se les ha señalado patria distinta de la española.

Los centuriones Cayo fueron tres. El mayor, Cayo Cornelio, fué aquel centurión que en Cafarnaüm pidió al Señor curase á su criado, y sus palabras se siguen repitiendo por cuantos reciben el Pan de los Angeles. Más tarde fué bautizado por el Príncipe de los Apóstoles y fué el primer gentil ingresado en el seno de la Iglesia. Terminó sus días en el martirio. Tuvo dos hijos, Oppio y Cornelio.

Cayo Oppio, el mayor de ellos, mandaba las fuerzas, que custodiaron el Gólgota el día de la Crucifixión. El fué el primero, después de Dimas, en proclamar la divinidad de Cristo, con aquellas palabras: «¡Verdaderamente Este era Hijo de Dios!» Bautizado más tarde por San Bernabé, pasó á Occidente y fijó su residencia en Milán. Las numerosas conversiones logradas por él entre los soldados y luego con sus predicaciones en el pueblo, le valió la pérdida de los dientes y la lengua. No obstante siguió predicando, y el presidente de la provincia lo autorizó, movido por tal prodigio, á demostrar la falsedad y fué consagrado obispo de Milán, alcanzando por fin la aureola del martirio.

Su hermano Cayo Cornelio, centurión también, como su padre y hermano, custodiaba el Sepulcro del Salvador, fué testigo de la Resurrección, reprendió con dureza la impostura de los soldados, ganados por los sacerdotes, atestiguó la verdad y se dedicó á predicarla. Fué también varón apostólico y mártir.

El historiador Lucio Dester conoció en España á un hijo de Oppio, varón de gran reputación y probidad reconocida, el cual le facilitó preciosos datos referentes á su abuelo, su padre y su tío. Cornelio Alávide confirma todo esto y asegura su nacionalidad española.

Cayo Longino, el que abrió con la lanza el costado de Jesús y sanó de la vista y del alma, se retiró á Siria con otros cristianos, convirtió mucha gente con su predicación y sus virtudes, y fué martirizado cargado de años y de méritos.

D. Joaquín Díaz de Escovar ha creído descubrir hace pocos años que Cayo Longino era no solo español, sino además malagueño.

Respecto á la patria de Poncio Pilato, el sabio bibliotecario de Lyon, V. Vingtrime, dice que nació y murió en dicha ciudad.

Pedro Comestor, el célebre compilado, lo dice positivamente:

San Antonino, el sabio arzobispo de Florencia, participa enteramente de esta opinión:

«El segundo año del reinado de Tiberio—dice—el Emperador envió á Poncio Pilato á la Judea como procurador del Imperio. Este, después de la Pasión de Cristo, condenado por su sentencia inícuca, fué acusado algunos años después ante Tiberio por Vitelio, gobernador de la Siria, y al mismo tiempo por los judíos, de ejercer violencia y condenar á muerte á personas inocentes, y que á pesar de las protestas de los judíos, había instalado en el Templo las imágenes de los dioses gentílicos, y también de que había empleado para su uso la plata depositada en el tesoro. El Emperador pronunció contra él sentencia enviándolo desterrado á Lyon, en donde había nacido á fin de que viviese en la vergüenza en medio de los suyos.

»En fin, como lo atestigua Eusebio, víctima, de varias calamidades, se suicidó.»

San Mateo, San Marcos y San Lucas dicen que el judío á quien Pedro cortó la oreja fué un siervo ó criado del Príncipe de los Sacerdotes.

San Juan refiere que se llamaba Malco. Hay quien afirma que fué el mismo que dió la bofetada á Cristo, diciéndole al herirle: «¿Así respondes al Pontífice?» Siendo, como algunos estiman, cabeza de los Ministros del Pontífice, quiso sin duda salir por los fueros de éste y cometió por ello tan vil acción. Debió ser hombre muy obligado á él y saturado además del odio de los envidiosos sacerdotes y fariseos, pues indudablemente fué el primero que echó mano á Jesús para prenderle en el Huerto, encontrándose con la vengadora espada de Pedro.

No falta quien pretenda que el tal Malco fuese el paralítico de la piscina á quien sanó Jesús, por lo que sintió el divino Maestro tan horrenda ingratitud, no menor que la de tantos que habían recibido mil beneficios de su misericordia y poder infinitos.

Algunos se inclinan á creer que el tal Malco, arrepentido de su atrevida acción, convirtióse después de recibida la herida de manos de Pedro.

Ante el Cristo de la Misericordia de Ribera del Fresno

A mi respetable amiga D.ª F. P., vda. de P.



EN á postrarte ante tu Dios, cristiano,
que es Jesús para tí el mejor amigo;
y en las borrascas del mundial Oceano
en El solo hallarás puerto y abrigo.

¿Quién al verte, Jesús, mártir sublime,
aun piensa en las quimeras mundanales,
estrecha cárcel donde el alma gimo
entre el cieno de inmundos lodazales?

¿Quién al mirarte de la Cruz pendiente
del Gólgota en la cumbre solitaria,
no inclina, humilde, la orgullosa frente
al cielo dirigiendo una plegaria?

Aquí, á tu presencia, goza mi alma
la dicha de un placer desconocido,
disfrutando un amor en dulce calma
como en el mundo apenas es sentido.

Y al alejarme de tu vista, siento
en mi pecho un dolor triste y profundo
cual si temiera me faltase aliento
para triunfar de la traición del mundo.

Dale, pues que tu gracia es infinita,
al misero mortal la fe que alienta
que en lid con lo mundano necesita
para vencer en la pelea violenta.

Ven á postrarte ante el Señor, cristiano,
que es Jesús para tí el mejor amigo
y en las borrascas del mundial Oceano
en El solo hallarás puerto y abrigo.

ANGEL LÓPEZ ORTÍZ DE LEÓN

Montijo, Abril 1906.

tas (*Luc. XI, 47*) sin perjuicio de blanquear y adornar sus sepulcros, se apoderaron de Cristo y lo arrastraron á prisiones.

La una y media de aquella noche clara y perfumada (dice Ollivier, siguiendo á San Jerónimo en esta opinión) podría ser cuando el divino prisionero entró en Sión después de atravesar los jardines embalsamados que cubrían la pendiente de la colina.

Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, es el único necesario y todos buscan á Cristo y todos lo encuentran y á todos les dice: «Yo soy».

Buscan unos á Cristo como aquellos que dejaron la casa y el hermano ó la hermana ó el padre ó la madre ó la mujer ó los hijos ó la tierra, por el Nombre de Cristo y cuando le hablan y le oyen «Yo soy» caen de rodillas con el rostro en tierra, pero son levantados á las doce sillas en que han de juzgar á las doce tribus de Israel.

Buscan otros á Cristo, como el joven rico que lo encontró y escuchó, pero se apartó de El entristecido por no desahirse de sus riquezas, comprometiendo así su eterna felicidad, por que en éste fué dicho á todos «que es más difícil la salvación del rico codicioso de sus riquezas temporales que hacer pasar una gruesa maroma por el ojo de una delgada aguja».

Finalmente otros buscan á Cristo, como la turba armada del prendimiento, cerrando los ojos para no ver, «sordos como el aspid (*psalm. LVII, 5*) en sus furioses». ¡Estos son los que caen de espaldas en el camino de sus sacrilegios!

El gran drama de la universal historia está lleno de escenas semejantes á esta de la Pasión en que Cristo fué entregado traidora é impiamente. Triunfa la persecución cuando es *llegada su hora*, pero en el momento en que Cristo se adelanta y dice «Yo soy» caen de espaldas para no levantarse más los que soberbios se levantaron una vez contra Dios y su Cristo.

De los más recientes ejemplos de esta indefectible ley providencial de la historia es, como dice el poeta, aquel

« trágico periodo
»que vivirá del tiempo en la memoria
»en que acosada el águila del Sena
»cayó, para no alzarse, en Santa Elena.»

KALL D'ERON

12 Abril 1906.

JOYAS LITERARIAS

LA ORACIÓN EN EL HUERTO



DELO, hélo al buen Jesús
De Gethsemaní en el huerto
Rendida la hermosa frente
De grave dolor al peso,
De hinojos veisle postrado
Al Señor de tierra y cielo
Gotas de sudor y sangre
Cubren aquel sacro cuerpo;
Gotas de su sangre riegan
Este ingrato, impuro suelo.
«Triste mi alma hasta la muerte
Triste está»—dice gimiendo
Y su voz triste resuena
Del Olivar en los huecos,
Y triste el Cedrón responde
Con el misterioso estruendo
De hondas aguas, que retumba

De la noche en el silencio.
En la afición abismado
El divino entendimiento,
Todos en él recogidos
Los espacios y los tiempos,
Ve claramente en un punto
De su pasión los tormentos,
El beso traidor de Judas,
La debilidad de Pedro,
Los errores y calumnias,
Los baldones é improprios,
La multitud de asechanzas,
Y los crímenes horrendos
Que en odio suyo acumulan
Los Poderes del infierno.
Ve los cismas y herejías
Que han de desgarrar su pecho,
Las cárceles y martirios
De sus hijos predilectos,
Las persecuciones crueles
Que ensangrentarán los pueblos,
Y al grito de los que mueren,
Y al resplandor del incendio,
En medio de los escombros
De los profanados templos,
Pedazos del altar mira
En cieno inmundo revueltos,
Y como vil desperdicio
Pasto de canes hambrientos
Allá en el polvo arrojados
Su propia Carne, su Cuerpo.
«Padre mío, si es posible
Que atiendas mi humilde ruego,
Pase de Mí aqueste cáliz
De tanta amargura lleno;
Mas como Tú quieras, sea:
No sea como Yo quiero.»
Tres veces la tierna súplica
Sube al Trono del Eterno
Y por tres veces resuena
Del Olivar en los huecos.
Y triste el Cedrón responde
Con el misterioso estruendo
De hondas aguas, que retumba
De la noche en el silencio.

José COLL Y VEHI

Cristo llora...



EL atardecer de Jueves Santo. En las calles, que con rojiza claridad ilumina la luz del sol poniente, una multitud devota y contrita pasa y pasa sin cesar, recorriendo llena de angustia los Sagrarios.

La tarde es tibia, profunda, de Abril, y en el quietismo de su ambiente, flota con pesadez que abrumba, la calma angusta del silencio.

No hay coches, no hay pregones, no hay ruidos. Solo un rum-rum apagado de pasos, un leve rozar de faldas crugientes, un revolver de mantillas de encaje, ó un tintineo suave de rosarios de bruñidos nácares, interrumpe á veces la monotonía de esta paz que pesa como plomo.

Transcurrió la mañana entre las magnificencias y el esplendor del culto, pasaron las horas de los *Oficios*, en que la Iglesia resplandeciente y llena de aromas, tenía auras de afuera en medio de su ambiente de religión. Los cantos solemnes, el brillo de las luces, los chispazos

que prendían en los ornamentos sagrados, los chorros de claridad—que como polvo de oro penetraban á través de las ventanas policromas—, las notas egregias de los trajes femeniles que irradiaban sus colores al sol, la suavidad mimosa de los devocionarios de lujo, pasaron también.

De ello no queda nada ahora.

Las iglesias son como oasis para el alma, á la que

jumbrosa, prolongada que hace estremecer los nervios con fugaces escalofríos; y á las impresiones de la calle, donde la primavera anochece, suceden las impresiones de la iglesia, donde entre chisporroteos estallantes, refulge la urna de plata que se alza en el centro del monumento envuelta en el humo de los pebeteros que embalsaman el aire, el aire cargado de rezos y oraciones, de silabas de salmos, de ardientes suspiros, que brota-



La Oración en el Huerto, obra de Salcillo.

brindan dulces sosiegos, rumores místicos que entristecen, horas de dolorosa satisfacción.

Es la hora de visitar los sagrarios, y á los corazones cristianos afluyen las amarguras de la Pasión de Cristo.

Todo parece dispuesto para sentir.

La hora crepuscular tiene misterios; al abrir y cerrar las cancelas de los templos, suena una escala que-

ron de pechos cuidadosamente golpeados por manos enguantadas.

En la penumbra de los altares cubiertos, oscilan las lamparillas encerradas en sus vasos rojos de vidrio; en lo alto, en las vidrieras de color, santos con túnica esfuman sus contornos casi invisibles; y solo al pálido brillar de dos hachones de cera amarilla, un Cristo on-

su cruz, muestra entre sombras sus rodillas desgarradas, y su hinchado pecho salpicado de sangre.

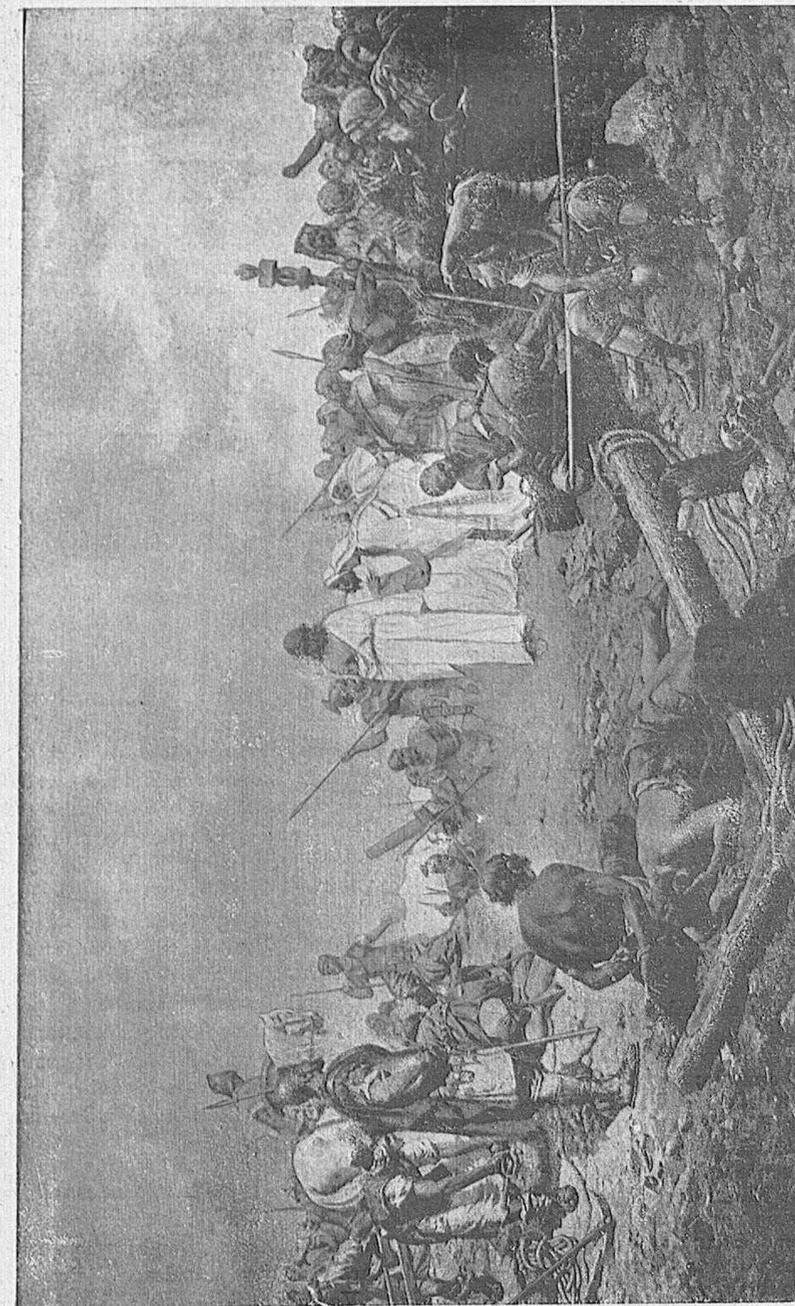
Es este un momento, en que á poco que meditemos llegamos á la exaltación, siempre que el sentir sea cierto. Está el espíritu cansado, el corazón oprimido, prontos á vibrar los nervios, y el alma atormentada y anhelosa, apura hasta las heces el cáliz amargo del dolor.

Así, entre obscuridades que rasgan destellos opacos,

Y cuando la Iglesia queda sola, si alguna vez sois el último en salir, y embriagados de fe mirais el crucifijo, ¡creedlo! bajo el dosel descolorido, al amarillento resplandor de las velas parpadeantes, parece que en el silencio de su soledad, la imagen de Cristo moribundo llora.....

A. DE MIRABAL

12 Abril 1906.



Jesús en el Monte Calvario antes de la crucifixión.

la presencia del Redentor acongoja; y su rostro afilado por la muerte, y sus ojos vidriosos y entreabiertos, y su boca—fruncida por contracción agónica—de donde el perdón fluye, traen pesares indecibles y arrepentimientos innarrables.

La voz de Cristo en su agonía hiere con doloroso acento nuestro corazón: *¡Deus meus, Deus meus ut quid dereliquiste me?*

CURIOSIDADES

Los españoles en la Pasión.—La Patria de Poncio Pilato.—¿A quién hirió Pedro?

En los inauditos misterios de la Pasión de Nuestro Señor intervinieron seis españoles: El débil Pretor Pon-